

Syd Barrett

Por Nahuel Kalfucura

Apuró el paso, cuando el tipo que venía detrás de él dobló en la esquina de calle Chiguay de la bella comuna de Chiguayante. No podía caer. No ahora, ni con el encargo que traía. A cada paso apurado que daba, sentía que el rifle ruso que traía bajo el *sobaco* se le iba a resbalar sobre la calle, delatando la misión que se le había encomendado.

Trataba de recordar desde que momento traía pegado al tipo que seguía sus pasos.

¿Apareció en los baldíos del morro?, o ya venía de más atrás, tal vez lo venían siguiendo desde que salió de la casa de seguridad, lo cual significaba que ya no era segura, si es que en algún momento lo había sido.

Tenía que perder al tipo. Pensó incluso en deshacerse del *encargo* que traía, pero entendía perfectamente que la militancia contaba ya con muy pocas armas cómo para darse el lujo de perder aunque fuese una sola. No había más remedio que intentar perder a su perseguidor en algún callejón, antes del punto de reunión frente al cruce ferroviario.

Pero si lo estaban siguiendo a él, tal vez nada ya era seguro. Tal vez habían quebrado a

alguien. Tal vez estaban intervenidos. La incertidumbre hacia que le sudaran las manos y le temblaran las piernas. En cada paso sentía el cañón del viejo AK clavársele en la axila, ahí escondido debajo de la gabardina que le regaló su padre cuando salió de la preparatoria. Recordó los manuales tácticos de seguridad que habían estudiado las noches anteriores con la Sandra y el Melo, haber si había algo en esas anotaciones mentales que pudiera socorrerlo.

Al llegar a Manuel Rodríguez y enfilar hacia el cruce miró levemente por el rabillo del ojo si es que aquel hombre aún lo seguía. Pero no vió a nadie. ¿Lo había perdido? ¿o bien la persecución estaba solo en su cabeza?.

No alcanzó a soltar un suspiro de alivio, cuando el Chevrolet Impala del 67 subió a la vereda delante de él.

II

¡Cómo le gustaba venir a Londres! Más si esta vez, lo había acompañado Roberto, su hijo mayor que apenas superaba los 15 años. Es que en la tierra de los abuelos todo era arquitectura, buen gusto y modales, mientras allá en Chile la locura política se había

tomado el país con discursos que pedían todo el poder a los trabajadores. Qué distinto puede ser todo, pensó.

Aunque al viejo Thomas le encantaba venir a Inglaterra, su viaje no era *puro turismo*.

Como encargado de adquisiciones de la fábrica debía supervisar la compra de las hilanderías mecánicas y sus repuestos, oportunidad que se le presentaba cada par de años, lo que aprovechaba para recorrer la vieja capital inglesa.

Thomas le contó a Roberto la historia de su bisabuelo. Un viejo marino mercante inglés llamado Kenneth Stanley Wilson que a principios de siglo había recalado en Valparaíso para nunca más volver. Allí en el puerto que los marinos llaman Pancho, por la iglesia de los franciscanos, conoció a su bisabuela María Orregui de Araya, hija de un comerciante y zapatero vasco que de no haber sido por la petición en matrimonio del marino Wilson, habría terminado de monja en algún convento.

Roberto escuchaba a su padre como lo hacía siempre que contaba la historia, sin mucho interés. Ya la había escuchado unas mil veces, al punto de adelantarse a su padre y terminar las añejas y repetidas frases de la historia. Roberto sabía que debía esperar el

sermón. Y es que la historia del bisabuelo tenía moraleja y siempre venía acompañada de un sermón sobre la responsabilidad.

-Eso es lo importante de la vida hijo, tu bisabuelo sin ningún peso en el bolsillo, pudo casarse con la mujer de su vida y construir una familia y un negocio, sólo a punta de esfuerzo y dedicación por el trabajo, sentenció el padre cómo siempre acostumbraba al cerrar la historia familiar.

La calle era estrecha y aunque podían haber tomado el *underground* y llegado en 15 minutos a la industria detrás de Hyde Park, la idea de caminar por las viejas tiendas de Soho les pareció a ambos. Roberto sabía por revistas que ese barrio era para 1971 la cuna del brit rock. Esperaba toparse con alguna disquera y traerse algún vinilo que pudiera presumir con sus compañeros de colegio. Era difícil encontrar en Chile y más aún en Concepción algún disco de blues de Muddy Waters o algo más juvenil como The Who. Había que ser afortunado –en el doble sentido de tener suerte y dinero- para ir a Santiago y traerlos, más aún de estar en Inglaterra con el viejo y buscarlos en la cuna misma de la música pop.

La calle parecía más estrecha, cuando a Roberto le llamó la atención el grupo de melenudos justo debajo de un letrero de neón que anunciaba la entrada de *Sister Ray*, más que una tienda de discos, parecía una taberna vikinga. Al pasar por el mostrador una serie de portadas aparecieron delante de él. Algunas bastante conocidas como el White album de los beatles, o el L.A. Woman de los Doors y otras que le eran desconocidas como la de unos tales Velvet Underground con una banana en la portada firmada por Andy Warhol. Llamaron su atención en particular unos que estaban en la esquina superior derecha del mostrador. Ambos traían escrito PINK FLOYD en letras blancas. No dudo un minuto en que debía entrar a revisar ese pequeño descubrimiento. Su padre asintió con la cabeza, hace rato que sus historias no entretenían a su hijo.

III

Cuando le sacaron la capucha estaba tan mareado, que apenas podía distinguir los sonidos, de los gritos; las luces, de las sombras; la saliva, del vomito. Cada paso que daba parecía que era un golpe a sus piernas. ¿Acaso lo arrastraban por un corredor oscuro? Lo único cierto es que lo habían secuestrado los cenetas. Y tal vez no saldría

vivo de donde estuviese en ese momento. Había bien poco por hacer salvo resistir lo más que se podía.

-¿Cómo se llama este *hueón*?, preguntó un hombre que más bien parecía una bestia.

-Roberto Alejandro Wilson Yévenes, alias el gringo. contestó otro que estaba sentado detrás de un escritorio.

Roberto se dio cuenta que sobre el escritorio había una serie de documentos con nombres y algunos con fotografías. No distinguió ninguno, pero era suficiente para comprender que se trataba de fichas con antecedentes. Apenas alzó la mirada, una palma abierta cayó sobre su cabeza, de un tercer tipo que ni siquiera había visto. El pesado golpe lo tumbó sobre un catre de fierro oxidado. La sesión de tortura comenzó con golpes propinados con un bastón.

El hedor de la oscura habitación solo era superado por el miedo que le provocaban los tres tipos. Cada uno parecía tener un papel que desarrollar. El del escritorio, cual burócrata, se mantenía impávido y anotaba en las fichas cualquier dato que Roberto balbuceara. El más grande propinaba los golpes. A veces combos a mano descubierta,

otras tantas con el pesado bastón sobre su cabeza. Y el tercero parecía esperar pacientemente, mientras se inclinaba a mirar la grotesca escena desde la cabecera.

-¿Canta *conchetumare*, a quien le *ibai* a entregar las armas?, preguntó el torturador.

Roberto, no respondió.

-Este *culiao* no quiere hablar, te toca a voh, dijo la bestia, señalando con el bastón al tercer tipo.

Le conectó dos pinzas eléctricas a las palmas de las manos de Roberto, que a él le parecieron dos enormes tenazas de un cangrejo. No pasó ni diez segundos cuando sintió el shock eléctrico recorrer su cuerpo atado al catre. El tercer tipo había entrado en escena.

IV

Los vio venir y supo enseguida de que se trataba. Tranquilizó a Clara, su señora y a la Tati, la nana de la casa que parecía ser la más nerviosa y que fue a esconderse a la cocina donde jugaba Damián, el menor de los hijos de la familia.

El golpe en la puerta sonó duro y seco. Fue el señor de la casa quien les abrió.

-¿El domicilio de Roberto Wilson Yévenes? Preguntó el militar que parecía estar a cargo.

-Es mi hijo... alcanzó a responder Thomas, cuando los hombres de verde olivo entraron de golpe a la casa.

-Tenemos una orden de revisar las cosas de su hijo, impuso el militar.

Thomas los llevó hasta la habitación, mientras intentaba que le explicaran lo que sucedía con su hijo, si estaba bien o siquiera donde se encontraba y fue justo ahí cuando lo vió.

Los dos militares que seguían ordenes voltearon con violencia la cama. ¿Qué podría tener un joven bajo su cama? Se preguntó el padre. Algún recorte de una revista pornográfica, cigarros tal vez. No le llamó la atención ni el libro de Sun Tzu, ni la tapa roja del manifiesto. Fueron esas hojas escritas a máquina con el título *Estrategia y tácticas de seguridad* lo que delató a su hijo.

V

Roberto llevaba parado ahí, en Plaza Perú, quizá años. No recordaba si lo que había estudiado en la Universidad de Concepción era Ingeniería civil en construcción o Sociología, o tal vez ambas. Con una guitarra de palo a mal traer se paseaba por la pileta

de la plaza cantando canciones de Pink Floyd a cambio de una moneda o una simple sonrisa. Los vecinos y los estudiantes lo conocían como *Syd Barrett*. Decían que venía de Chiguayante y que se había vuelto loco por consumir LCD. Los únicos amigos que le quedaban eran unos perros igual de maltrechos que él, y de vez en cuando un *punkie* que le invitaba una cerveza tibia y rancia, sentados sobre una acera.

Recordaba que en algún momento tuvo más amigos, y que soñaban con cambiar el mundo, con la libertad de ser jóvenes para siempre. Recordó al Melo, ese amigo que no tardó ni cinco minutos en apodarlo el gringo, por su metro y ochenta y cinco, sus ojos claros y su cabello rubio, lo que hacía que resaltara con facilidad en las reuniones de la comisión política, cuando se decidió rearmar al MIR después de la caída de Miguel en Santiago.

De tanto extrañar a la Sandra, su amiga, su compañera de antaño, creyó verla un día junto a un grupo de jóvenes cargando un lienzo. Iban a una concentración organizada en el marco de las jornadas de protesta contra el Tirano. Deseaba de corazón poder

preguntarle que había pasado, cómo estaban los demás. Pero sus alucinaciones ya no le permitían distinguir que era la realidad.

No había resistido la tortura aquella vez, y dio nombres de compañeros. La Sandra y el Melo incluídos. Quería creer que solo él había sufrido hasta los huesos y que haberse quebrado ante las bestias no había puesto a nadie en peligro.

Para Roberto, el tiempo se había congelado esa mañana de 1981. El Manquimávida había sido el mudo testigo de su captura y transformación. Para él, la realidad se había vuelto electricidad, un catre oxidado y golpes provenientes de todas direcciones.

La incertidumbre de no volver a ver sus compañeros superaba el dolor de sus heridas físicas. Roberto prefería imaginarse en esa calle de Londres, en compañía de su padre, donde lo que llevara bajo el brazo fuera el Piper at the gates of dawn de los Pink Floyd recién comprado y no una metralleta rusa. Prefería refugiarse en la psicodelia de una mente perturbada y olvidar el dolor que emanaba de las calles de Chile y de su corazón.

El había escogido la locura. El había escogido convertirse en Syd Barrett.